

LAS LUCHAS DE MARZO

Creo que es bonito no entenderse. Yo soy una mujer absurda y no me entiendo, aunque no por ello dejo de disfrutar del privilegio de la locura de las cuerdas. Cuando varias personas absurdas que no se entienden disfrutan de algo absurdo que hace que se entiendan menos surgen las ideas que nos permiten derrocar a nuestros cancerberos y hacernos visibles en medio de la coluvie que nos rodea. Así me lo enseñó mi abuelo, uno de los 60.000 campesinos extremeños que el 25 de marzo de 1936 no pudo más y se alzó contra la imperante mansedumbre de pensamiento y la desigualdad. Se llamaba Carmelo... La igualdad total no implica que las mujeres merezcamos un trato especial, simplemente conlleva que merecemos un trato ecuánime. Ese logro solo se consigue enloqueciendo, como hizo mi abuelo al ocupar tres mil fincas en 280 pueblos de esta tierra en pro de la libertad... Me acordé de los del 25 de marzo, de Carmelo y sus amigos. Han pasado muchos años desde la hazaña de mis antepasados y la realidad es la misma hoy en día; mismo caramelo, diferente envoltorio. Puede que la sabiduría, cansada de las vergüenzas del mundo, haya tomado la inteligente resolución de volverse loca. Solo en nuestra afable locura hallaremos la manera de escapar de nuestra esclavitud. Así que, perras del mundo, acompañadme a morder a nuestros sayones y derrocar los quijotescos molinos que nos atenazan, como sucedió aquel marzo del 36. Porque callar para no hacer daño no funciona. Engañar es peor. El silencio genera invisibilidad y la invisibilidad proporciona alimento al monstruo de los mil y un tentáculos....

Así podría resumirse lo que me pasó con Ismael. Acababa de llegar del extranjero, donde había vivido durante ocho años, y Badajoz se presentaba ante mis ojos como una ciudad extraña en la que no tenía amigos y me atenazaba la soledad. Nada más conocerle, mi instinto me señaló que me alejase de él pero, una vez más, no hice caso de su advertencia y me lancé de lleno en una relación que me destruyó por dentro. Jamás me pegó ni me puso la mano encima, pero me hizo creer que su vida no tenía sentido sin mí. No hacía falta que trabajase. Ni que saliese de casa. Ni que me relacionara con otras personas. Lo que bullía dentro de ese maremágnum de sentimientos encontrados era su incapacidad para amar. Al no aceptarse a sí mismo, no permitía ser amado por nadie. Quien osaba hacerlo, como yo, era víctima de su ira y furia internas. Renuncié a varios empleos, dejé de salir y apenas hablaba por teléfono con mi madre por las noches ante su mirada admonitoria. Por la calle no me dejaba expresar mi cariño hacia él, me obligaba a que no le tocara en público, ni sus padres ni sus amigos estaban al tanto de mi existencia. Me convertí en su concubina, hasta que una mañana cualquiera,

mientras intentaba tapar unas ojeras que ya eran habituales en mi rostro, me miré en el espejo y no me reconocí. ¿Puede una vida ser tan limitada que no merezca la pena vivirla?, me pregunté. Algo en mi interior se removió, me miré fijamente en ese espejo hasta que mi imagen desapareció, de repente vislumbré a mi abuelo aquel 25 de marzo, sentí su hambre de tierra, la contumaz furia del hecho fundacional del pueblo extremeño, metí en una maleta cuatro cosas y salí de su casa sin mirar atrás.

Antaño, lo único que hacía ruido era la violencia que llevaba dentro. No paraba de crecer, como la tristeza, pero la tristeza exige más espacio, la violencia simplemente se lo apropia. Me encantaría haber expulsado toda la ira que se había ido acumulando en mi interior, todo el dolor que me carcomía como una solitaria desde los intestinos, que me provocaba laceraciones, que se convertía en pus cuando trataba de salir a la superficie. En mis fantasías, salía a la calle con una recortada y aniquilaba a ciertas personas que me habían hecho el viaje imposible, como Ismael. Un día me di cuenta de que llevaba toda la vida enterrando mentalmente a mucha gente, estaba cansada. El escenario se caracterizaba por claroscuros cromáticos, sombras y esquinas retorcidas, perfectos reflejos de las pasiones torturadas que quería mostrar. Siempre iba vestida de negro, una Barbara Stanwyck de rompe y rasga que, a veces, reemplazaba los tiros por veneno, al estilo de la Antigua Roma. Una Barbara que...

¿Qué hora es? De nuevo he vuelto a quedarme dormida. Son las once de la noche, ha sido un día muy largo, Ismael es ya un difuso recuerdo en mi interior. Voy a ver *¿Qué fue de Baby Jane?* Siempre me ha encantado la guerra dialéctica que mantienen Bette Davis y Joan Crawford. Al verla suelo recordar una de las frases más célebres de la Davis. *Cuando un hombre da su opinión, es un hombre. Cuando una mujer opina, es una perra.* Hay tantas Baby Jane como mujeres que merecen un respeto y que sean escuchadas, tantas Extremaduras olvidadas que necesitan alzarse contra el centralismo imperante, tantos marzos como abril y noviembre en el hades de la desmemoria. Si todas las perras del mundo nos uniésemos devoraríamos la sinrazón que nos atenaza. Salgamos de las jaulas de oro en donde nos han encerrado y construyamos un mundo más justo que tenga luz de domingo. Pero sin venenos, calles abandonadas y pistolas, sin furias irresolutas y sin chillidos, sin enfados ni malas caras, simplemente con bondad y el espíritu de aquel lejano 25 de marzo. A la postre, nos lo agradecerán. No conseguiremos cambiar el pasado, pero lo reescribiremos. Yo hace tiempo que llevo haciéndolo. Ah, una cosita más, tened cuidado de las mujeres heridas, somos peligrosas porque sabemos que podemos sobrevivir...

FIN/*Por Lirios*